

LIBROS

Susan Sontag, revisionista

«Estamos en una de esas épocas donde la actitud interpretativa es en gran parte reaccionaria, asfixiante...». Quien opina es Susan Sontag, norteamericana de 1933, crítico literario en el «Times», de Nueva York, en «Partisan Review», novelista, escritora, viajera por Vietnam del Norte, realizadora de cine... Su libro de ensayos «Contra la interpretación», edición española de Seix-Barral— se ha convertido en «best-seller» en determinados niveles culturales de U.S.A. Sin prejuicios intelectuales, con desenfado y hasta con una gracia que algún retrasado calificaría en seguida de femenina, la Sontag despliega su visión —no interpretativa— sobre ciertos temas que pueden parecer sobrepasados y sobre otros cuya clave no tiene, aquí, la mayoría. Por vez primera seguramente, en una cultura aferrada a sus mitos, se alza una voz saludablemente irrespetuosa, que se atreve a preguntarse —y a responderse— por qué no se habla hoy para nada de Albert Camus (porque no es verdaderamente grande como escritor y porque su pensamiento es débil); que llama a Lukacs, sin ningún miedo, reaccionario porque éste niega toda validez a lo que denomina «la vanguardia»; que admira la violenta, desgarrada —y para algunos obscena— sinceridad de Michel Leiris; que no comulga con las ideas de Simone Weil, pero se siente ganada por lo absurdo de su vida, por su martirio físico, por su virulenta originalidad; que observa la «reiteratividad lúgubre» del «Saint Genet», de Sartre, pero no duda en afirmar que «está plagado de ideas profundas y sorprendentes», y que, por último, realiza una vivisección de la sensibilidad «camp» que constituye un ensayo magistral sobre este fenómeno estético cuya llave ella nos proporciona.

Entre nosotros, pertenecientes a un mundo cultural presidido por el «espíritu de seriedad» de una mitología asentada sobre sólidos prejuicios, el libro de Susan Sontag asom-

bra y desconcierta a la beatería literaria, cuando no la inquieta o la indigna. Los hay que se han sentido traumatizados por su radical reproche al autor de «El asalto a la razón», o por sus compasivos juicios sobre la obra del «escritor-marido» Albert Camus, «el marido ideal de las letras contemporáneas» que despierta toda clase de efímeros sentimientos, pero en el cual no es posible encontrar «ni arte



ni pensamiento de primera calidad». La Sontag se dedica así a demoler, con ejemplar agudeza, las figuras más reverenciadas, los intocables de la cultura occidental. Su brillantez hay que buscarla, sin embargo, no en la resuelta desevoltura con que pulveriza los más equilibrados pedestales, sino en la exposición de su propio pensamiento, especialmente en su defensa del estilo y en el ensayo «El artista como sufridor ejemplar», en el que formula reflexiones a partir de la experiencia, en la vida y en la literatura, de Cesare Pavese. Ya hemos mencionado su estudio sobre la sensibilidad «camp», formalizado en cincuenta y ocho notas breves; es justo citar el ensayo que le sigue, «Una cultura y una sensibilidad», franco y original planteamiento de su propio esquema estético.

Sí, esta demolición sistemática de los mitos y esta voluntad de apertura a una sensibilidad nueva asombra y escandaliza. No obstante, y aunque no está justificado un enfoque de este origen, las reflexiones de la Sontag adquieren en nuestro ambiente un carácter progresivo. Disolventes, con eficacia, de la esclerosis generalizada que aqueja al aparato crítico en vigor, fuerzan de este modo una revisión a fondo de convenciones que se mantienen por inercia o pereza mental. Depuradoras y revulsivas, vienen a enseñarnos, de golpe, a emprender, sin prejuicios y a cuerpo lim-

pio, una operación valorativa de obras-tabú probablemente averiadas, probablemente corroidas por el tiempo, y que tal vez no soporten, por tanto, los cambios de sensibilidad que se están registrando. He aquí cómo un libro supuestamente menor, colección de trabajos periodísticos de una muchacha norteamericana decidida a desacralizar mitos en apariencia inconvertibles, puede dar lugar a una larga y necesaria empresa revisionista. ■ EDUARDO G. RICO.

La ciudad utópica

«Cuando está a punto de cerrarse el proceso de urbanización en los países industrializados, Henri Lefebvre declara en "El derecho a la ciudad" que "la vida urbana todavía no ha comenzado. En la actualidad, concluimos el inventario de los despojos de una sociedad milenaria en la que el campo ha dominado a la ciudad"».

«¿A qué vida urbana se refiere el filósofo francés? Los más conspicuos podrían pensar en una ciudad planificada según criterios de funcionalidad. Y no es de extrañar, ya que las reivindicaciones más recientes no han pasado nunca de este plano: más viviendas, mejores servicios. Se trataría de corregir, a lo sumo, la subordinación de la sociedad urbana a la industrialización y denunciar la irracionalidad provocada por la especulación



HENRI LEFEBVRE

del suelo. Pero H. L. da esto por supuesto. El apunta más lejos, a un nivel superior: el que viene exigido por una serie de necesidades humanas no satisfechas e incluso enfocadas por la cotidianidad en la sociedad burocrática de consumo dirigido: necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas...

H. L. descarta tres tipos de urbanismo que suelen llevar a la confusión: a) el de los

Un día en la vida de A. I. Solhenitsyn

Aleksandr Isayevich Solhenitsyn, autor de «Un día en la vida de Ivan Demitovich» —su obra más conocida: un humano relato de los campos de concentración stalinianos—, de «El primer círculo» y «Sala de Cáncer», ha sido expulsado de la Unión Nacional de Escritores de la URSS por su comportamiento «antisocial». Sus manuscritos, prohibidos en la Unión Soviética, salían de contrabando hacia Occidente, donde eran publicados. El ataque en la Unión fue conducido por Vasily Matushkin: «Nuestros estatutos determinan que la Unión reúne a personas de la misma opinión, a todos aquellos que están construyendo el comunismo, dedican sus obras a tal propósito y siguen los preceptos del realismo socialista. Por estas razones, Solhenitsyn no tiene lugar en la organización de escritores. Déjesele trabajar fuera de ella. Por muy amargo que sea, Aleksandr Isayevich, hemos tomado caminos distintos y debemos separarnos de usted». Sergei Baranov, presidente de la reunión, abundó en estos propósitos. El escritor Yevgenii Martin trató de derivar la cuestión: «Tenemos en nuestra organización problemas superiores a los que plantea Solhenitsyn. Hay miembros de nuestra organización que no tienen departamentos donde vivir. Durante dos años, Abramov, un gran estadador, ha tenido a su cargo la organización...». La desviación no previó. Otros continuaron la acusación. Solhenitsyn respondió: «Si no me gusta una de mis obras, las autoridades insisten en publicarla y en hablar de ella lo más posible. Pero si intento publicar "Sala de Cáncer" o "El primer círculo", se me prohíbe y un velo de silencio cae sobre ellas». Al alargarse su discurso, el presidente le interrumpió diciéndole que se había agotado el tiempo legal de uso de la palabra. El inculcado respondió: «Que se vaya al infierno el límite de tiempo. Se trata de una cuestión vital». Fue autorizado a continuar. «Los crímenes de Stalin —dijo— no pueden ser silenciados indefinidamente. Deben ser revelados. Debe uno pensar qué impacto moral puede tener en nuestra juventud el silencio sobre esos crímenes». Uno de los presentes le interrumpió para preguntarle: «¿Por qué sus obras se publican en el extranjero?», y el acusado respondió: «Pregúnteme primero por qué no se pueden publicar aquí. Estoy dispuesto no solamente a ser expulsado de la Unión, sino también a morir. Continúad adelante, vetad. Solo la mayoría. Pero no olvidéis que la historia de la literatura puede llegar a estar interesada en la reunión de hoy». El resultado del voto fue negativo para Solhenitsyn. Una gran campaña se levanta en Occidente para que la Unión anule su medida. Participan en ella los intelectuales progresistas y comunistas. Lord Bertrand Russell ha escrito una carta al jefe del gobierno soviético, Kossighin, en la que le dice que «si se confirma la sanción tomada contra Solhenitsyn, la posición de aquellos que en Occidente son partidarios de la guerra fría se encontrará reforzada». En «Rinocenta», semanario del partido comunista italiano, se dice que los ataques contra este escritor repten «la fórmula vacía y falaz en nombre de la cual tantos comunistas han sido perseguidos en la Unión Soviética».

humanistas nostálgicos que pretenden construir una ciudad a "escala humana" con una ideología correspondiente a modelos agrarios; b) el urbanismo pseudocientífico de los tecnócratas, y c) el urbanismo que "venden" los promotores y que anuncian como una vida mejor y feliz.

El autor —digo— se eleva a un nivel superior. Entiende que si la vida cotidiana debe ser radicalmente transformada, deberá serlo también el marco en que aquella se desarrolla. Será preciso dar cabida a algo más que unas necesidades primarias y acabar con la ciudad compartimentada donde hay lugares para trabajar y otros distintos para dormir, y otros para divertirse... Ya en el último capítulo de "La vie quotidienne dans le monde moderne" señalaba H. L. entre los elementos del proceso revolucionario total, la reforma y revolución urbana. No se trata hoy ya sólo de eliminar la miseria en las barriadas urbanas, sino la nueva miseria que vive el hombre sometido a una cotidianidad organizada. La revolución urbana —y la "apropiación" de la ciudad por los segregados— será consecuencia de una revolución más amplia:

Mario Gaviria, que ha escrito un prólogo excelente, como cabía esperar de él dada su especialización en el tema y el conocimiento profundo de la obra del filósofo, hace unas precisiones al análisis lefebvriano desde el ángulo español: La escasa importancia que se da en él a la Reforma Agraria respecto a la Urbana y la poca atención que concede al fenómeno de la creación de "ghettos" del ocio —mar y montaña— en contradicción con la economía urbana española.

El "Derecho a la ciudad" nos eleva de unas reivindicaciones limitadas a unas exigencias utópicas. Mario Gaviria le califica como "el trabajo de reflexión crítica más importante desde la aparición, hace más de veinte años, de la Carta de Atenas". ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

«El derecho a la ciudad». Henri Lefebvre. Ediciones Península.

Gillo Dorfles, en España



La llegada de Fanelli a España en pleno siglo XIX ha sido considerada como un hito diabólico por todos los historiadores nacionales de derechas. Fanelli introdujo las ideas de la acracia y los modelos organizativos de las primeras asociaciones bakunistas. En este país siempre hemos tenido conciencia del peligro del extranjero. El extranjero nos ha enviado a Fanelli (¡siempre Fanelli!), Angiolillo, las Brigadas Internacionales y, ahora, Gillo Dorfles. Hace algunos años llegó a Barcelona un grupo de intelectuales italianos entre los que viajaban Gillo Dorfles y Eduardo Sanguineti. Se trataba del grupo 63, y comprendía distintos profesionales de la cultura que partían de unos presupuestos estructuralistas, sin renunciar, algunos, a una rara conciliación con el marxismo-graminismo. El grupo llegaba a España un tanto desfasado, lo que no evita que en 1969 a Martínez de Menchen aún le resulte pedante que alguien cite a Sanguineti. Pero aquí al grupo se le sacó un cierto provecho; se iniciaron seminarios de estructuralismo y se importaron algunos ejemplares de la Antropología Estructural de Levi-Strauss. Desde entonces el tema del estructuralismo ha penetrado hasta en las peluquerías de buen tono, ha dejado un cierto poso de sabiduría convencional, empieza a indignar a los marxistas y a suscitar cierta simpatía estratégica en los liberales.

Dorfles era, quizá, el teórico más importante del gru-

po 63 y para encontrar un equivalente cultural, dentro de otras esferas ideológicas europeas, habría que recurrir a Della Volpe, Roland Barthes y algunos otros. Aquí era conocido por su breve libro sobre la Arquitectura moderna publicado en Seix-Barral y por la edición de El devenir de las artes, del Fondo de Cultura. Ahora, en el plazo de un año, Editorial Lumen ha editado dos obras, publicadas en Italia en 1962 y 1965, respectivamente: Símbolo, comunicación y consumo y Nuevos mitos, nuevos ritos. Para el lanzamiento de este segundo libro, Dorfles se ha prestado a algunas conferencias y coloquios en Barcelona y Madrid. Si bien Dorfles no habrá encontrado en esta segunda venida a España un público tan desconcertado y en plena revisión cultural como en la primera, puede vanagloriarse de haber sido él mismo uno de los causantes de lo que él llamaría su propio consumo, y nosotros, su propio desgaste. Dorfles, en cierta manera, ya es un eco más que una voz para determinados sectores culturales del país, y es quizá ahora el momento en que sus ideas, o quizá más propiamente su especial punto de partida crítico, vayan a cumplir una misión entre la inmensa minoría. Ante todo es digna de admirar y asumir la libertad de cultura, de expresión, de ética, que respira la obra de Dorfles. Algunos reparos podríamos cargar en la cuenta de un lenguaje convencional dorfliano que, a veces, encubre una real importancia de clarificación o enmascara contradicciones internas. Pero quedan sobradamente compensados por el nivel sugerente de su obra, por la nueva perspectiva que ofrece para comprender el devenir del arte y la conciencia humana en el contexto de la sociedad industrial.

A veces, en el decurso de una lectura de la obra de Dor-

fles, uno se exaspera por la falta de parentesco socio-histórico con que los fenómenos llegan ante su disección. En cierta manera, el escritor italiano ha sido víctima de la repugnancia con que la inteligencia europea reaccionó, como revulsivo, a la servidumbre de la crítica de la cultura sociológica, en vigor durante los años cuarenta y cincuenta. Sin embargo, en el forcejeo del escritor triestino por ordenar el aparente caos semántico en que se formaliza el espíritu de la sociedad industrial, de vez en cuando se escapan estridencias moralizantes, protestas contra la conducta reflexológica que la sociedad industrial propone al individuo. En el coloquio de

Barcelona se habló de automatismo. Dorfles denunció el comportamiento automático establecido como una propuesta ante el hombre consumidor. Quizá la palabra reflexológica sea la más fiel y, en la protesta por la anulación de la conciencia de la acción y de la ética, Dorfles inicie ahora una revisión contra el cierto encantamiento ante la fenomenología neocapitalista, que cabe reprochar a él y a su escuela.

Pero, de momento, es mucho más útil leer a Dorfles que criticarle algunos aspectos. Si más caso se hubiera hecho a Fanelli, de otra manera hubieran ido las cosas. ■ MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.



La bibliografía cinematográfica española es, a pesar de los esfuerzos realizados, escasa y, en general, poco utilitaria. Así, uno de los problemas que se plantean siempre a quienes nos ocupamos de la especialidad es el de reconstituir, con sus títulos de exhibición en nuestro país, las filmografías de realizadores, actores, técnicos. Las obras de consulta, desde el apabullante "Film lexicon" italiano a los populares "Diccionarios" franceses, son extranjeras. El problema, en consecuencia, no es sólo de títulos, sino también de la ausencia de nombres —salvo unos pocos, siempre las mismas: Buñuel, Bardem, Berlanga, — de la cinematografía nacional. Ahora la Editorial Labor acaba de poner a la venta el primer tomo —de A a F— de su "Enciclopedia ilustrada del cine", trabajo titánico en el que han colaborado —junto a quienes nos ocupamos de cine desde las páginas de TRIUNFO— una serie de nombres prestigiosos, y de cuya conjunción, asesoría y coordinación se han ocupado Salvador Clotas, José Luis Guarnier, Joaquín Jordá, Román Gubern y Joaquín Romaguera. Una admirable labor de puesta al día de todos los trabajos, muchos de ellos solicitados y entregados hace años, hace de la obra un documento utilísimo, absolutamente imprescindible no sólo para los profesionales, sino para el buen aficionado.

C. S. F.

«Enciclopedia ilustrada del cine» (I). Editorial Labor. 576 páginas.

Novela y política

Mario Pomilio, escritor italiano relativamente joven (Orsogna, Abruzzo, 1921), profesor de oficio y colaborador de diversos periódicos, ha publicado una novela política —en el sentido de que la política italiana constituye la base de su contenido—. «El compromiso», cuya versión castellana acaba de aparecer en «Novelas y Cuentos» con una presentación de Carmen Llorca.

De muy discutible calidad —y de dudoso acierto en el planteamiento del problema de orden político-personal que la sustenta—. «El compromiso» refleja epidérmicamente los conflictos experimentados por un pequeño-burgués provinciano que se debate entre su «engagement» y sus sentimientos íntimos, buscando una salida a sus contradicciones. El origen de la indudable debilidad de esta narración no es otro que la endeble ideología del personaje central (lo que puede pensarse también del autor), que no presta la suficiente fundamentación a sus actos. Sus análisis, en efecto, carecen de hondura, se inscriben mejor en un nivel de tertulia que de meditación seria. «El compromiso» es válido en la medida que propone en el plano de la creación literaria una problemática política muy viva en la mayor parte de los países europeos, aunque falle en el modo de su formulación y de su resolución. Ello incita a insistir en esa problemática propuesta con más rigor y profundidad. ■ E. G. R.

«El compromiso», de Mario Pomilio. «Novelas y Cuentos».

Consumismo, comunismo y confusionismo

En la nota "Historia laborable y sentimental de España", aparecida en esta sección la semana pasada, nuestros lectores habrán visto con sorpresa que Circus MacManus, símbolo de las inversiones americanas, "trae consigo el Manifiesto Comunista", cuando realmente debía leerse "Manifiesto Consumista". Los dueños de la imprenta han llevado demasiado lejos el actual acercamiento soviético-americano.